

las formas del feudalismo occidental, y se preparó á exigir el juramento feudal de los cruzados para las conquistas que esperaban hacer. Con esto aumentó naturalmente de un modo indefinido las grandes dificultades, que ya se habian atravesado entre él y aquellos, al unirse para comun provecho, y, como lo demostrará el resultado, se perjudicó á sí propio, y perjudicó á su imperio y á la causa de la cristiandad entera (1).

Al principio las relaciones entre bizantinos y cruzados se establecieron á pesar de esto de un modo extraordinariamente favorable. Despues, apenas tomó la cruz el príncipe real Hugo, conde de Vermandois, cuando poseído de ardor expedicionario, salió de Francia en direccion al Mediodía, sin aguardar siquiera á que terminaran los preparativos de su ejército. En Italia le entregó el Papa Urbano, con gran regocijo suyo, una bandera consagrada á San Pedro; remitió una ampulosa carta á Constantinopla para anunciarse, y á últimos de otoño de 1096 zarpó de Bari con rumbo á Dirraquio, donde todo estaba preparado para recibirle. El comandante bizantino de la fortaleza le recibió con grandes honores, pero acto seguido le rodeó de vigilantes, de suerte que el conde era prisionero, sin notar nada. Rodeado de estas mismas precauciones, fué llevado despues á Constantinopla, donde fué recibido tan fastuosamente por el emperador, que el vanidoso conde, muy satisfecho de todo, prestó sin titubear el juramento feudal que se le exigia.

(1) La cuestion sobre las relaciones mutuas que debieron sostener cruzados y griegos, ha sido tantas veces debatida, como de diferentes modos resuelta. Pero, de la solucion de esta cuestion pende en gran parte la inteligencia de esta historia, y por lo tanto es preciso hacer aquí las observaciones que á continuacion ponemos. En las consideraciones antes expuestas sobre «Los Cruzados y Comnenos,» he manifestado la opinion de que el emperador Alejo se vió obligado para conservar su imperio, á aliarse con los latinos en su lucha contra los selducidas, pero que esta alianza solo podia dar buenos frutos y duraderos, si el emperador se contentaba con la reconquista del Asia Menor y dejaba á la libre disposicion de los aliados las regiones de la Siria. Esta opinion ha sido reconocida desde entonces por algunos criticos como justificada, pero otros la han impugnado. Estos últimos se apoyan, á lo que yo veo, en que una accion comun entre los peregrinos y los bizantinos era imposible á causa de la diferente cultura dominante entre ellos, y además, en que Alejo tenia que temer como enemigo á todo poder independiente establecido en Siria por los cruzados, especialmente por los normandos, y por consiguiente debía evitar su fundacion. No puedo dar importancia alguna á esta impugnacion. La diferencia en la cultura no impidió á los griegos y cruzados entrar muchas veces en estrechas relaciones entre sí, cuando se hizo necesaria la celebracion de tal alianza mutua; para esto bastaba ciertamente, que el emperador y los cruzados, sobre todo Boemundo, se entendiesen de alguna manera acerca de la «reparticion del tan esperado botin.» La opinion pues de que Alejo no debió dar Antioquia á los normandos, porque podia ser atacado desde esta ciudad, coloca precisamente el estado de las cosas en su verdadero punto de partida. Alejo debía ante todo recuperar á Nicea y á Iconio, si su imperio habia de volver á tener condiciones de larga vida; Antioquia se presentaba á sus ojos en segundo término. Una dominacion normanda en la Siria podia en efecto llegar á serle molesta, pero tan solo por el tiempo que tardase en recuperar sus fuerzas el imperio griego; mientras que la no recuperacion del Asia Menor encerraba en sí para el imperio grandes peligros. Con todo esto, no se puede hacer al emperador Alejo ninguna reconvenccion moral, por no haber querido partir el botin con los cruzados. No comprendió que debía haber tratado al gran ejército peregrino de un modo racional, como á un poder independiente; y la tradicion imperialista de su reino le impulsó á las tortuosas vias de su política. Él obró á semejanza de los grandes emperadores alemanes de la Edad media. Siria tenia para él casi la misma importancia que para aquellos Italia; y Antioquia podia muy bien llamarse la Milan comena. En ambos casos se vengó de un modo terrible la tendencia imperialista. El reino alemán de Italia se hundió; y en sus esfuerzos para asegurar las conquistas sirias dejaron pasar los Comnenos los momentos propicios para someter á Iconio. Las contiendas domésticas entre griegos y cruzados sentaron en gran parte la base para la caída final del reino de Jerusalem y del imperio romano-oriental, y hasta fueron la causa, de que aun hoy día brille la media luna en Santa Sofia.

Pero á la sazón se acercaba el duque Godofredo de Bullon, el cual habia abandonado su patria seguido de todo su ejército á mediados de agosto de 1096, encaminándose á la Alta Alemania, al través de la cual llegó hasta las fronteras húngaras. Allí convenció al rey Coloman, de que no debía consentir que se hiciese daño alguno á sus compañeros de religion, siguiendo una conducta contraria á la de los anteriores jefes de peregrinacion, y hecho esto, atravesó en paz la Hungría. Tambien se efectuó felizmente la marcha por el país de los búlgaros y por una parte del territorio griego, por aquel antiquísimo camino comercial y militar, por donde, segun la leyenda, habia ido anteriormente Carlo-Magno al Santo Sepulcro y que pasa por Nisa (Nisch) y Sofia hasta Filipópolis, hasta que al fin supo el duque la suerte que habia cabido entre tanto á Hugo de Vermandois. Al recibir esta noticia se encendieron en cólera él y sus loreneses.

Atravesaron la Baja Tracia entregándose al saqueo y llegaron á las puertas de Constantinopla con espíritu altanero el 23 de diciembre. El emperador hizo todo lo posible por restablecer la buena inteligencia con Godofredo; pero como exigia el juramento feudal al mismo tiempo, no consiguió gran cosa. Los loreneses se abstuvieron de nuevos actos de violencia, y se acuartelaron al otro lado del Cuerno de Oro, en Pera, donde pasaron en la calma mas profunda los siguientes meses de invierno; pero el mismo Godofredo evitó todo contacto personal con Alejo, y contestó con frialdad á las repetidas y apremiantes invitaciones que se le hicieron para que fuese á conferenciar al palacio imperial. Aun no se fiaba bastante del emperador para atreverse á tener una entrevista con él. El motivo de este proceder no era naturalmente otro, sino que el duque creia poderse sustraer así lo mas cómodamente posible á prestar el juramento de vasallaje. Alejo se vió poco á poco precisado á reconocer por este medio, que solo por la violencia arrastraria al príncipe á cumplir lo que de él exigia; por cuya razon, el día de Jueves Santo, 2 de abril de 1097, ordenó á sus tropas que diesen un ataque á los loreneses, pero fracasó este tan completamente, que acudió de nuevo á las negociaciones. El conde Hugo visitó al duque Godofredo en su residencia, por encargo del emperador; pero aquel recibió al enviado de un modo muy desabrido. «Tú, le dijo, hijo de un rey, te has hecho esclavo y quieres ahora hacerme á mí esclavo tambien?» Declaró que ni prestaria el juramento feudal, ni, como Alejo habia deseado, trasladaria su ejército al Asia, antes de la llegada de los demás príncipes cruzados. Así las cosas, Alejo creyó lo mas seguro tomar otra vez las armas, y emplear todas las fuerzas para abatir aquel orgullo de los loreneses, y lo consiguió esta vez. El ejército bizantino obtuvo una victoria decisiva el día de Viernes Santo. Godofredo se avino á prestar el juramento feudal al emperador, y sus tropas pasaron el Bósforo pocos dias despues (2).

En las relaciones personales con el duque, se mostró Alejo en lo sucesivo como maestro en el trato social: hizo tan espléndidos regalos al nuevo vasallo y le festejó con tanta distincion, que no quedó absolutamente ninguna impresion de los malos procederes anteriores en el corazon del duque.

Pero fué un juego temible y arriesgado aquel por cuyo medio consiguió el imperio bizantino tal resultado; pues

(2) Segun Alberto de Aquisgran, las diferencias entre Godofredo y el emperador terminaron de la manera mas gloriosa para el primero. Godofredo envainó la espada, despues que Alejo ofreció la paz y entregó en rehenes á su hijo Juan, que le sucedió despues en el imperio. El relato de Alberto contiene además varias cosas sobre la suerte de Godofredo en el imperio griego, pero no todo puede admitirse en nuestra narracion histórica, hasta tanto que se haya determinado con mas cuidado que hasta aquí, el grado de crédito que merece la gran crónica de Alberto.

mientras se sostenia abierta lucha con los loreneses, estaban en marcha por todas partes otros ejércitos de cruzados, los cuales fácilmente hubieran podido hacer causa comun con aquellos, si no se hubiera alcanzado la victoria sobre Godofredo á última hora. Una vez obtenida, sin embargo, era de esperar que el ejemplo del duque de Bullon influyera sobre los demás príncipes.

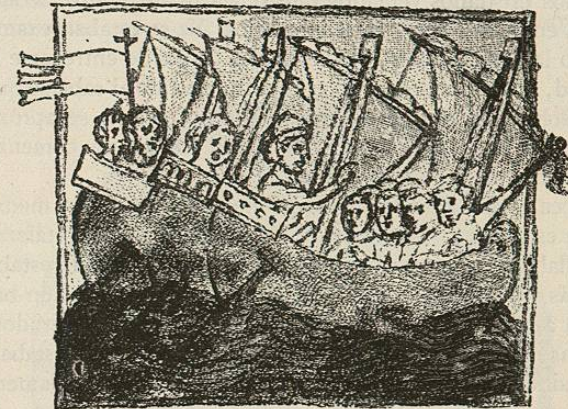
Quien en menos cuidado ponía al emperador, era Boemundo, el cual salió de la Apulia en el otoño siguiente y llegó á Tracia, atravesando el Epiro y la Macedonia, y empleando en el camino todo el invierno. Durante la marcha se permitieron los normandos terribles actos de violencia, pues se irritaron muchas veces por la negativa de los habitantes á suministrar víveres. Pero Boemundo, á pesar del carácter indomable de los suyos, especialmente de Tancredo, y á pesar de los combates casuales con las tropas bizantinas, encargadas de proteger su territorio contra las excursiones de los cruzados, supo mantener la paz en lo esencial; y luego que fueron vencidas las principales dificultades de esta empresa, confió su ejército á la direccion de altos funcionarios imperiales el día 1.º de abril, á fin de poder llegar á Constantinopla antes que las tropas. Allí dió á Alejo y recibió de su parte seguridades de amistad, prestó tras breve vacilacion el juramento feudal, al cual concedia con dolor gran alcance, y recibió en pago regalos de tanto mérito, que exclamó: «Si tuviese yo tales tesoros, el mundo entero me serviria;» pero como las cosas habian ido para él tan satisfactoriamente hasta entonces, indicó tambien al emperador, que aspiraba á obtener en el Oriente un puesto importante (1). En esto encontró naturalmente resistencia. Alejo comprometido en la desdichada política de servirse de los cruzados en provecho suyo exclusivamente, vió en Boemundo, para lo sucesivo, un rival, y estudió desde entonces todos sus pasos con profundo secreto, pero con gran malevolencia.

Uno tras otro llegaron á Constantinopla, Roberto de Flandes, Raimundo de Tolosa, Roberto de Normandia, Estéban de Blois y todos los demás señores.

Los flamencos y los franceses del Norte marcharon juntos por el Sur de Italia hasta Apulia, desde cuyo punto continuaron por mar, y desde las costas del Epiro siguieron las huellas de Boemundo. Solo Raimundo de Tolosa se dirigió por el Norte costeano el mar Adriático, y atravesó la Dalmacia, haciendo una marcha en extremo peligrosa á causa de lo escabroso de las montañas y de la hostilidad salvaje de los habitantes, para ir luego lo mismo que los demás desde el Epiro á la Tracia. Todos ellos, á excepcion del conde Raimundo, prestaron el juramento sin dificultad; mas éste se negó á ello con la mayor obstinacion, porque la exigencia del emperador le heria é indignaba en lo mas íntimo de su conciencia. Era en efecto hombre de poco carácter, lleno de pedanteria, egoismo y envidia, pero al lado de esto estaba tan identificado con la parte religiosa de la cruzada como un monje, y era tan ávido de adquirir territorios como un normando. Se resistia, pues, á su piedad subordinarse en la guerra santa á un señor terrenal, y temia en su codicia, que la soberania de príncipe oriental, con que él soñaba ya, se le pudiese menguar por el juramento de vasallaje. Boemundo pasó fácilmente por encima de tales escrúpulos, pero Raimundo, de conciencia tan estrecha como avaro de corazon, oponia inquebrantable resistencia á las vivas instancias de parte del emperador. Hasta cuando Alejo mandó visitar al ejército provenzal, como antes lo habia hecho con el lorenés, con un enérgico y victorioso ataque, quebrantó esto tan poco al

(1) Pidió al emperador que le concediese la dignidad de Gran Doméstico en Oriente, y quizá le manifestó tambien su deseo de adquirir á Antioquia.

conde, que por el contrario se hizo mas obstinado y concibió ardiente deseo de vengarse de tal perfidia. La solucion final de este enojoso debate, fué, que Boemundo apostrofó á Raimundo con duras palabras, y puso toda su influencia á las órdenes del emperador. El conde se indignó profundamente; pero á su vez Alejo miró con creciente desconfianza al obstinado y valiente normando, y por esto, cuando Raimundo le hizo la promesa solemne de no intentar nada contra su vida y honra, declaró el emperador que quedaba satisfecho con esto. No mucho despues, se identificó completamente



Los cruzados por mar. Facsimile tomado del código *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

con el conde, uniéndose ambos en el odio comun contra Boemundo.

Las aspiraciones políticas que se hicieron valer durante la cruzada, llegaron todas á manifestarse en breve: por un lado el ardiente deseo de los normandos y provenzales de adquirir lejanos tesoros y coronas, deseo puesto en práctica con audacia y genio por los unos, con menos talento pero con mas tenacidad por los otros, y por otro lado la inaudita exigencia de los bizantinos de recuperar el antiguo dominio político en los territorios de las costas del mar Mediterráneo oriental (mar de Levante). El antagonismo que habia en estas aspiraciones, podia aun permanecer medio oculto por algun tiempo, pero á la postre debía perjudicar gravemente el éxito de la cruzada; y el emperador Alejo recibió pronto el primer castigo por la exageracion de su política cuando los artificios y violencias, con que sometió á sus pretensiones á la mayoría de los príncipes cruzados, pusieron el cimientto del encarnizado odio que el Occidente cristiano-romano le profesó en lo sucesivo á él y á su imperio.

SITIO DE NICEA

El número de los peregrinos que se juntaron en la marcha comun á través del territorio de los infieles, ha sido objeto de cálculos muy diferentes. Un contemporáneo dijo que eran como las arenas del mar, como las estrellas del cielo. No obstante, parece mas verosímil lo que el papa Urbano habia anunciado previamente, á saber: que habia 300,000 guerreros bien equipados, á los cuales seguía un largo bagaje de criados y monjes, mujeres y niños, juglares y meretrices. Hasta entonces este poderoso ejército habia tenido que sufrir fatigas y serios peligros solo de un modo parcial, y aun rebosaba por el camino en indomable deseo de pelear, en fervorosa devocion y en alegría mundana. El primer objetivo que se ofreció á sus armas, fué Nicea, capital de Kilidsch Arlan, el cual, como soberano, dominaba á la sazón por lo menos la mayor parte del Asia Menor, á pesar de la desorganizacion

del poder seldyucida. El príncipe (comunmente llamado sultan) estaba ausente, y despues de la derrota que sus tropas causaron á las tropas de Pedro de Amiens, apenas esperaba tan pronto ser atacado otra vez y por tan temibles masas de occidentales. Por este motivo las primeras divisiones del ejército cruzado, despues de haber pasado el Bósforo, en el trascurso del mes de abril, pudieron, libres de enemigos, avanzar hasta delante de los muros de Nicea y aprestarse en seguida al sitio. En la ciudad estaban con gran cuidado á pesar de la fuerte guarnicion que tenia, ya porque los cruzados sitiadores eran mas numerosos, ya porque los muchos cristianos vencidos que se hallaban dentro, se agitaban en favor de sus correligionarios. Ya se estaban examinando las condiciones bajo las cuales habria de entregarse la ciudad, cuando se reanimó el espíritu abatido al saberse que Kilidsch Arlan al frente de un poderoso ejército se aproximaba para hacer levantar el sitio. Aquí fué donde comenzó seriamente la verdadera guerra.

Nicea estaba situada en una pequeña eminencia en medio de un espacioso valle rodeado de montañas. Las fortalezas se hallaban en el mejor estado, la parte del Oeste estaba además protegida por el lago Ascanio, cuyas ondas aun bañaban á la sazón las murallas de la ciudad. De los cruzados, algunas de cuyas divisiones llegaron muy despacio, estaban en el sitio únicamente los normandos, lorenenses y flamencos, y acampaban delante de los muros del Norte y Este: el lado del Sur quedaba aun libre. El 14 de mayo, cuando ya no se hablaba de la pronta rendicion de la ciudad, se dió un fuerte ataque, gracias á la energía de Boemundo, y se continuó con incansable actividad en los dias siguientes; pero á la sazón se hallaba tambien Kilidsch Arlan en las cercanías, y concibió el plan de penetrar en la ciudad por el lado libre del Sur y hacer por él una vigorosa salida sobre los sitiadores, y de envolverlos al mismo tiempo por fuera con otra parte del ejército. Los cruzados podrian con esto haberse visto comprometidos en una lucha muy difícil, si en este momento no hubieran llegado los provenzales y cerrado por el lado Sur el círculo que formaba el sitio. Cuando poco despues, era en la mañana del 17 de mayo, se acercó el cuerpo principal del sultan, fué atacado bruscamente con evidente sorpresa de su parte por el conde Raimundo, y puesto en precipitada fuga con grandes pérdidas. No tuvieron mejor suerte los seldyucidas en los otros puntos. Un testigo ocular dice, que cuantos bajaron de las montañas, otros tantos dejaron sus cabezas en los llanos. Los cristianos perdieron en la batalla 3,000 hombres, los enemigos 30,000.

Nicea estaba ya abandonada á sí misma, pues Kilidsch Arslan retrocedió al interior del Asia Menor para hacer nuevos preparativos de lucha. El sitio hacia lentos progresos á causa de la ineptitud de la caballería para atacar las plazas fuertes; esto no obstante la guarnicion de la ciudad volvió á desanimarse cuando los provenzales lograron derribar una gran torre angular abriendo una mina por debajo del muro, y mas aun, cuando los bizantinos aproximándose con buques ligeros entraron en el lago Ascanio, y equipándolos fuertemente, amenazaron con aquella escuadra improvisada el lado Oeste que hasta entonces habia estado á cubierto de todo peligro. Entonces se agitó de nuevo la antigua idea de entregarse, y con tanta mayor fuerza, cuanto que Alejo ordenó que se hiciese saber á los sitiados, que únicamente debian abrir las puertas á sus tropas; que él les otorgaria las condiciones menos duras. En breve hubo unidad de acción. Los comandantes bizantinos de la escuadrilla y un pequeño ejército de tierra, que en este intermedio habia llegado, concertaron con los príncipes cruzados un asalto general, y despues de haber

comenzado este (el 19 ó 20 de junio), de improviso se abrieron las puertas á las tropas imperiales, volviéndose luego á cerrar, quedando burlados de este modo los peregrinos en lo concerniente al premio de sus esfuerzos.

Alejo consiguió sin duda por este medio un gran resultado, pues adquirió la ciudad mas importante de la parte oriental del Asia Menor, la capital de su mas peligroso enemigo. Pero ¿no hubiera podido apoderarse tambien de ella y ciertamente, de un modo noble, si de antemano hubiese declarado á los peregrinos, que reclamaba parte del botín para sí incondicionalmente, y que les daria otra parte como premio en todo caso? Debe suponerse que sus aliados poseian por lo menos bastante sentido político para comprender, que no se debía mirar con recelo el engrandecimiento de su imperio en el Asia Menor. Pero él arrancó primero por fuerza el juramento de vasallaje y despues engañó indignamente á sus nuevos vasallos. Comprendió que debía aplacar, en cuanto le fuese posible, la indignacion que su conducta suscitó con amenazadora violencia entre los cruzados, y por esto ofreció la mas rica indemnizacion á todo el ejército con los tesoros que se pudiesen encontrar en la conquistada Nicea. Los príncipes se avinieron á ello, y Alejo por su parte cumplió su palabra, pero naturalmente, con esto no hizo mas que evitar que por el pronto la cólera de los peregrinos se volviese contra él. El emperador, segun la dura expresion de uno que tomó parte en la empresa, dió tanto, que para siempre seria llamado traidor y execrado como tal por el pueblo.

Pocos dias despues, reunió de nuevo Alejo á los príncipes cruzados para consultar con ellos la continuacion de la empresa. Quería dejar solos á los peregrinos desde entonces, toda vez que el objeto para él mas importante de la guerra estaba seguro en sus manos; pero deseaba, que, antes de ir cada cual por su lado, le renovasen el juramento de vasallaje, prometiendo en cambio seguirlos despues con un ejército bizantino á tomar parte en la lucha contra los seldyucidas. Los príncipes juraron todos, como él lo habia deseado. Hasta Tancredo, que animado de altivo espíritu de libertad habia sabido sustraerse hasta entonces al juramento, se humilló á la sazón despues de una violenta explosion de su alma apasionada, de la cual se arrepintió al poco tiempo, y procuró hacerla olvidar por la condescendencia. En seguida se discutieron varios puntos concernientes á la ruta que debía seguir el ejército peregrino y al cuidado del mismo, así como se deliberó tambien acerca de los aliados que podrian ofrecerse contra los seldyucidas. Los príncipes cruzados mostraron en esto, como lo prueban los acontecimientos que siguieron, mas penetracion política y militar de la que comunmente se les concede; pero el único nombre, que al mencionar estas cosas se consigna con mas frecuencia en los documentos, es el de Boemundo.

MARCHA AL TRAVÉS DEL ASIA MENOR

El 27 de junio rompió la marcha el ejército cruzado reunido en Nicea con rumbo al Sudeste. Despues de dos largas jornadas por regiones montuosas, encontraron al enemigo el 1.º de julio en la llanura de Dorylaum, la actual Eski Schehr. Era Kilidsch Arlan, que al frente de 150,000 caballos pensaba vengar la pérdida de su capital y eligió la ocasion mas propicia para la batalla; pues los cristianos habian llegado por descuido, separados los unos de los otros. Cerca de los seldyucidas encontrábase únicamente, Boemundo, Tancredo, Roberto de Normandia y Estéban de Blois; á dos horas de camino seguian su marcha tranquilamente Hugo, Roberto de Flandes, Godofredo y Raimundo.

El sultan atacó á los primeros con denodado arrojé; pero Boemundo, á cuya pericia se subordinaron los demás príncipes, sostuvo firme y tenazmente la lucha, manteniéndose á la defensiva, hasta que avisados los compañeros que estaban lejos, entraron en línea de batalla. Entonces no solo fueron rechazados los seldyucidas por los adversarios á la sazón mas poderosos, sino que fueron arrojados completamente del campo con pérdidas considerables.

Con esto quedó terminada en lo esencial la guerra del Asia Menor. Kilidsch Arlan devastó únicamente las comarcas por donde debian pasar los cruzados, saqueó en ellas principalmente á los habitantes cristianos del país, y retrocedió al Este, internándose cada vez mas, con todas las fuerzas

militares mahometanas que pudo reunir en el camino. Era indudable que la dominacion seldyucida en el Asia Menor podia ser aniquilada fácilmente de un modo regular, y recuperada con esto la península, quedando en poder del cristianismo de un modo permanente. Pero los peregrinos no pensaron en lo que les hubiera podido ser de tanta utilidad para sí mismos, y lo abandonaron por completo á los bizantinos. La marcha del ejército continuó por Synnada, Pequeña Antioquía é Iconio hasta Heraclea, la actual Eregli. Por algun tiempo las tropas tuvieron que sufrir grandes privaciones, porque los seldyucidas «habian devastado» el Asia Menor, «que sin esto era el país mas fértil.» No obstante aguantaron con alegre ánimo todas las fatigas. «Nosotros no



Lucha entre cruzados y sarracenos. (Tomado de una antigua ventana de la iglesia de St. Denis, del siglo XI)

nos comprendiamos mutuamente», dice un cruzado francés, «pero estábamos identificados en el amor de hermanos; pues así conviene á los justos, que aquí van en peregrinacion.»

Desde Eregli tomó la empresa un giro muy particular. Desde que los seldyucidas penetraron en el Iran por el Oeste, una gran parte del pueblo armenio, de las últimas generaciones, fué abandonando poco á poco sus antiguas moradas, y buscó una nueva y mas segura patria en el Noroeste de la Mesopotamia, en la Capadocia, Cilicia y Norte de Siria. Allí fueron pronto molestados estos inmigrantes por los mismos enemigos de siempre; pero les hicieron tenaz y valerosa resistencia, y sobre todo se aprovecharon de la descomposicion del gran imperio seldyucida de los últimos años, para consolidar ó recuperar su libertad.

En aquel momento, habia al Norte y Sur del Tauro y por el Este del mismo hasta el Eúfrates, una serie completa de príncipes armenios independientes, entre los cuales se distinguian especialmente Constantino, hijo de Ruben en Cilicia, y Thoros en Edesa. Los cruzados conocieron desde un principio, que estos armenios podrian ser para ellos los mejores aliados, y en su consecuencia enviaron embajadores á estos príncipes, durante el sitio de Nicea ó poco despues de la toma de esta ciudad. Despues, se trató además de llamar á las armas contra los seldyucidas á los armenios, en el mayor número posible, dada la forma con que se habia de continuar la guerra.

El ejército cruzado no marchó desde Eregli por el camino que le hubiera conducido mas pronto por la Cilicia á Siria, sino que fué describiendo una gran curva alrededor

del Tauro. Solo Tancredo y Balduino, hermano de Godofredo, fueron enviados á Cilicia con pequeñas brigadas, y lograron completamente poner en movimiento á los armenios, y expulsar á las guarniciones seldyucidas aisladas, que se hallaban entre ellos.

Ambos príncipes entraron en escandalosa lucha, porque Tancredo en este terreno, perteneciente ya mas á Siria que al Asia Menor, intentó establecer en él el dominio normando ansiado por Boemundo. En frente de él se presentó Balduino, quien le desalojó en el acto de Tarsó; á pesar de lo cual, las aspiraciones de Tancredo no fueron enteramente estériles, sobre todo porque el lorenés marchó pronto á nuevas empresas.

Entre tanto el ejército principal habia seguido su marcha por Cesarea y Comana á Koxon, y por último á Marasch por caminos montuosos muy difíciles. Por todas partes los cruzados encontraron á los armenios en ardiente lucha con los seldyucidas, los ayudaron generosamente y dejaron guarniciones entre ellos. En Marasch se volvió á presentar Balduino, pero solo para separarse de sus compañeros al poco tiempo. Acompañado de unos pocos caballeros marchó hacia el Sudeste, al llamado Eufratese, se captó las simpatías de los armenios, derrotó á los seldyucidas en muchos pequeños combates, en una palabra, obtuvo tales resultados (invierno de 1097-1098), que al fin el príncipe Thoros de Edesa le invitó á que fuese á verle. El conde se puso en seguida en camino, llegó felizmente á la lejana ciudad á pesar de las emboscadas de los enemigos, y fué declarado por el príncipe sucesor al trono. Pero á las pocas semanas ya no estaba contento con esto, y como tambien los edesanos deseaban